

# Ligero comentario a la alpargata



En estas mismas columnas, y a propósito de aquello que se dijo de que unos jóvenes de Melilla habían acordado, como protesta contra la carestía de los sombreros de paja, andar durante el verano con la cabeza descubierta, comentábamos lo de que para ciertas gentes, la restricción del lujo y la simplicidad de la vida pueden llevar a la catástrofe de la civilización. Y allí hacíamos algunas ligeras reflexiones sobre el sofisma del lujo. Lujo que se nos mete por todas partes.

El lujo es más bien una cosa interior, y que tiene muy poco que ver con la verdadera elegancia. Es más bien una afectación, una pedantería de elegancia, una rebusca de ello. Afectación que consiste en procurar distinguirse, cuando acaso lo más elegante, es el no distinguirse, el no destacar ni hacia arriba ni hacia abajo.

Puede haber una simplicidad y hasta una pobreza rebuscada. Cabe estudiar cuidadosamente un disfraz de mendigo. Pero siempre será un disfraz. Sucede con esto, lo que con ciertas mortificaciones y austeridades rituales. En un día de abstinencia de carne —lo que se llama de vigilia— puede uno darse un opíparo banquete y hay quien el primer día en que le dijeron que tenía que ayunar, de tal modo comió a las horas en que se le dijo que podía hacerlo, que se acostó más harto que en los demás días. Que tal tiene de convertir en liturgia y ritualismo, o en otro caso en moda, lo que debería ser sacrificio racional.

Sugiérenos esa la "moda" esa de usar alpargatas. Lo que parece que debía ser —y tal fué, sin duda, la intención de los que lo propusieron, y en primer lugar el insigne Cavia, incansable lanzador de ideicas castizas— una protesta contra la carestía del calzado y un acto de vida sencilla, y por sencilla, elegante, vase convirtiéndose en moda de señoritos. Y moda más cara que la del zapato de cuero.

Porque el señorito, ni pasará porque le laven la blanca tela de la alpargata cuando se le ensucie, y eso le ocurrirá pronto, ni dejará que la

suela se le estropee mucho. Lo realmente austero, lo ejemplar, es hacer durar a un par de botas o de zapatos lo más posible, echándoles medias suelas y tacones nuevos cuantas veces se pueda —con lo que ganan los remendones— y hasta remiendos de cuero y punteras, si por alguna parte superior se agrieta.

Lo heroico, aún más, lo noble, era lo de aquella parte de nuestra leyendaria y tradicional clase de empleados que no se avergonzaba de presentarse con un traje raído, reluciente en los codos y las rodillas, al que se le había dado ya vuelta, con los botones sobre antiguos ojales cerrados y oliendo a bencina. Y por no tener esta nobleza, esta dignidad de la pobreza, ¡cuántas y cuántas familias españolas han pasado hambre!

Recordemos una vez más aquel hermosísimo pasaje del cap. XLIV de la Segunda Parte de nuestro Libro —del Libro de España— en que se nos habla de la soledad y pobreza de Don Quijote, cuando se le fueron hasta dos docenas de puntos de una media que quedó hecha zelosía y afligióse el buen señor, y luego el historiador, Benengeli, es decir, Cervantes, maestro en pobreza y sencillez, exclamó: "¡Oh pobreza, pobreza!..., ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con otra gente?" Con todo lo demás que allí se lee y que más por extenso hemos comentado en nuestra "Vida de Don Quijote y Sancho". ¿Y se hubiera puesto Don Quijote alpargatas?

Cuando en cierta ocasión se nos consultó si tendría éxito en español una traducción del libro del pastor protestante francés Carlos Wagner, "La vie simple", libro que tan extraordinario éxito alcanzó en los Estados Unidos, dijimos que lo dudábamos, pues lo que allí Wagner, el eminentísimo predicador evangélico, predica, es lo que aquí, en España, tierra clásica de la sobriedad y de la sencillez de vida hacemos casi todos.

Pero en cuanto esa sencillez, esa modestia, esa parsimonia se conviertan en moda, conviértense al punto en lujo. Y ya veremos cómo los

que presumen de elegantes se las componen para que se vea que el llevar alpargatas les sale más caro que el llevar zapatos. O como se las ingenian para que encarezcan las alpargatas en más proporción que abaraten los zapatos de cuero.

Se habla ya del traje uniforme y estamos viendo la blusa de lujo. Todo menos que no se distinga al que puede gastar mucho del que no puede gastar sino muy poco.

Ya lo hemos dicho: junto a la ola de pereza de los que tienen que trabajar para vivir, hay la ola de derroche de los que viven del trabajo ajeno y éstos derrochan muchas veces, no por sed de goces, sino por ostentación, por vanidad e insolencia de ricos improvisados, de "parvenus". Hay quien no va en automóvil más que para llenar de polvo en las carreteras a los que por ellas trajectean a pie y hasta descalzos. Y por más lujo, va en automóvil con alpargatas.

El primero y principal elemento de la vida sencilla y noble, es tener que trabajar. Y el que calzado de alpargata no hace más que pasearse, maldito si con ello da ejemplo de nada.

De lo más terrible que pudiera ocurrir, es que se pusiera en moda la pobreza. Una pobreza contrahecha y de mascarada.

MIGUEL DE UNAMUNO

